

Categoría: Vida cristiana

Descripción: Dentro de cada ser humano donde mora el Espíritu existe el vivo deseo de conversar con su Padre celestial. Anhelamos tener una íntima relación con nuestro Padre celestial pero a menudo no sabemos qué decir. Y aún así muchos cristianos rara vez se mueven más allá de la frustración y tratan genuinamente de aprender a orar. ¿Usted realmente quiere aprender a orar? Si es así, permita que este artículo lo ayude a iniciar hoy una nueva etapa de su vida de oración.

Más que balbucear frases

Prácticos consejos para transformar su vida de oración

Por Donald Whitney

Tengo un amigo en el ministerio que es mayor que yo y a quien considero un padre espiritual. Él es uno de los hombres más devotos que conozco, y el más dedicado a la oración. Muchos en su denominación lo consideran la autoridad más notable en el área de la oración. Ha escrito dos libros sobre este tema y muchas personas alrededor del mundo le piden que dirija conferencias sobre la oración. Generalmente lo veo un par de veces al año y siempre le pregunto lo que ha aprendido acerca de la oración desde la última vez que hablamos. Sus ojos brillan a medida que emocionado comienza con algo como: «¡Oh! ¡He aprendido la lección más hermosa!» Estar con él, y especialmente orar con él, siempre me recuerda lo mucho que tengo que aprender —y *quiero* aprender— sobre la oración.

El pueblo de Dios quiere aprender a orar. A pesar de que a menudo experimentamos fracasos y frustraciones al hacerlo, el Espíritu Santo hace que nuestros fracasos nos hagan querer aprender en lugar de renunciar.

Así que no es ninguna sorpresa cuando leemos en el Nuevo Testamento que *«aconteció que estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo*

uno de sus discípulos: “Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó también a sus discípulos”» (Lucas 11.1). Incluso los más cercanos a Jesús querían orar pero sabían que nunca podrían hacerlo como Él lo hacía a menos que se les enseñara cómo.

Uno de los aspectos más fascinantes acerca de este pasaje es que este es la única ocasión registrada en los evangelios donde a Jesús se le pide enseñar sobre un tema en específico. Hasta donde se sabe sus discípulos nunca le pidieron que les enseñara a cómo caminar sobre las aguas o cómo multiplicar los panes y los peces. Pero algo en la forma en que Jesús oraba —ya que ellos oraban con él, o lo escuchaban cuando lo hacía a solas, o simplemente la forma en que dedicaba tiempo para orar— los hizo querer aprender a orar como él. En su experiencia religiosa anterior, seguramente la mayoría de las oraciones que escuchaban en la sinagoga o que habían ofrecido ellos mismos había sido una mera formalidad. En Jesucristo vieron la necesidad de orar, así como la incapacidad de ellos.

Creo que sé como se sentían. Por supuesto que nunca he escuchado a Jesús orar pero puedo escuchar a simples hombres hablar con Dios e identificarme con el sentido de incapacidad de los discípulos en lo que respecta a la oración. Otros tienen la habilidad de expresarse fácilmente y así elevar su oración hasta los cielos, luego me escucho balbuciendo «yyyy, esteee....» Mientras unos oran con gran fervor, a menudo lucho en mantener mis pensamientos en Dios y no en mi lista de todo lo que tengo que hacer. Cuando otra persona conversa con el Señor con un sincero sentido de intimidad, yo a veces me siento como un hipócrita cuando es mi turno de orar porque mi corazón está frío.

Así que estoy agradecido con el discípulo por haberle dicho al Señor «enséñanos a orar», porque él expresó una necesidad que los discípulos de Jesús de todos los tiempos y lugares experimentan. Gracias a su pregunta y a la respuesta de Jesús podemos ver más claramente que solo aquellos cristianos a quienes se les haya enseñado *cómo* orar pueden hacerlo eficazmente. No obstante, podemos aprender el contenido y espíritu de la verdadera oración de la Palabra y el Espíritu de Dios.

«Señor, enséñanos»

Al unirnos a la petición de los discípulos sobre que Jesús les enseñara a orar implica nuestra *dependencia*. En otras palabras, no podemos orar correctamente a menos que el Señor nos enseñe. El apóstol Pablo expresó nuestro problema en forma concisa: «*Porque no sabemos orar como debiéramos*» (Romanos 8.26).

Nadie es un orador innato. Hay atletas y cantantes innatos pero nadie sabe decir oraciones (a menos del tipo que Dios responde) por naturaleza. «*Pero el hombre natural*» —afirma 1 Corintios 2.14— «*no acepta las cosas del Espíritu de Dios [tales como orar], porque para él son necedad; y no las puede entender...*» De hecho, hasta que el Espíritu Santo habite dentro de una persona, las oraciones de esta son, por muchas razones, una abominación a Dios (Proverbios 28.9).

Pero incluso después de haber nacido de nuevo por medio de la fe en Cristo no podemos orar bien si no se nos enseña primero. Recuerde que Pablo se refería a él mismo y a otros en quienes ya moraba el Espíritu Santo cuando escribió «*no sabemos orar como debiéramos*». Y nunca sabremos hacerlo como debiéramos hasta que se nos enseñe. Solamente alguien del cielo puede enseñarnos a cómo comunicarnos con «*Nuestro Padre quien está en los cielos*» (Mateo 6.5). Así como un niño puede exclamar y expresar muchas cosas sin palabras, así también un hijo de Dios puede exclamar algo en oración y ser escuchado por su Padre celestial. Pero pronto las limitaciones de las destrezas de la comunicación infantil insatisfacen y frustran a aquellos que quieren crecer. Crecer en nuestra habilidad comunicativa, sea con un padre en la tierra o con nuestro Padre en el cielo, significa aprender cómo hacerlo.

Decir «*Señor, enséñanos a orar*» también implica un sincero deseo por aprender. Una cosa es decir que usted quiere orar y otra estar dispuesto a aprender. Dentro de cada ser humano donde mora el Espíritu existe el vivo deseo de conversar con su Padre celestial. De hecho, el Nuevo Testamento nos dice en dos ocasiones «*porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando: "¡Abba! ¡Padre!"*» (Gálatas 4.6; vea también Romanos 8.15). Todos aquellos que tienen el Espíritu de Dios tienen esta orientación por el Padre, pero muchas veces no sabemos qué decir. Anhelamos tener una íntima relación con nuestro Padre celestial pero a menudo no sabemos qué decir. Y aún así muchos cristianos rara vez se mueven más allá de

la frustración y tratan genuinamente de aprender a orar. ¿Usted realmente quiere aprender a orar?

Tercero, pedirle al Señor «*enséñanos a orar*» implica *crecimiento y progreso*. Los discípulos no aprendieron todo lo que necesitaban aprender acerca de la oración en una lección, ni tampoco nosotros. A pesar de que en esta oportunidad Jesús respondió directamente su petición, este pasaje no contiene todo lo que Él enseñó acerca de la oración. Por ejemplo, Lucas 18.1: «*Y les refería Jesús una parábola para enseñarles que ellos debían orar en todo tiempo y no desfallecer.*» Después, les enseñaría más acerca del fervor en la oración en su ejemplo en el Jardín de Getsemaní (Lucas 22.39–46).

¿Cuál es el punto? No caiga en la tentación de pensar: «*Sencillamente no puedo*» cuando concierne a la oración. Si usted empezara a estudiar una lengua extranjera, ciertamente le tomaría años de aprendizaje y práctica regular en conversaciones antes de que se sintiera cómodo a la hora de hablar con otras personas. ¿Entonces por qué deberíamos pensar que debemos aprender el idioma de la oración en un corto periodo de tiempo?

«Cuando oréis»

La respuesta de Jesús a la petición del discípulo es inmediata y directa en el versículo 2: «*Y él les dijo: “Cuando oréis, decid...”*» Lo que sigue es el famoso «Padre Nuestro» o también conocido como «La oración modelo». Después resalta la importancia de persistir en la oración (versículos 5–11), y concluye su respuesta con la promesa del versículo 13: «*Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?*» En palabras más sencillas, aquí Jesús enseña un resumen de lo que es necesario acerca del contenido y el espíritu de la oración. Por eso es que la llamamos «La oración *modelo*».

Con respecto al contenido de la oración, empieza con «*Cuando oréis, decid...*». Como cuando un hermano mayor se inclina y tranquilamente instruye al hermano menor sobre qué decir cuando estén frente a su padre. En las pocas

líneas de los versículos 2 al 4 Jesús nos dice qué decir cuando hablemos con Dios.

¿Pretende Jesús que digamos esas mismas palabras cuando oremos? Por un lado, leemos oraciones ofrecidas por Jesús y por los apóstoles después de esta ocasión, y ninguno de ellos repite estas líneas. Por el otro lado, Jesús explícitamente instruye, «Cuando oréis, *decid...*» Para responder este dilema debemos regresar a Mateo 6.9–13 donde Jesús enseña la misma oración en el Sermón del Monte. En ese ejemplo introdujo la oración al decir: «Vosotros, pues, orad de esta *manera...*» Ahí enseña la oración como un modelo a seguir, un ejemplo que usa los principales puntos de todo lo que deberíamos desear y amar en oración. En Lucas 11.2–4 encontramos bases para repetir la oración verbalmente, una práctica que la iglesia mantiene por lo menos desde el siglo II. Si bien esto se permite, Jesús también previno sobre orar con «repeticiones sin sentido» (Mateo 6.7), algo que puede hacerse incluso con una oración inspirada. Esa es una razón por la cual, como lo veremos más adelante, él también resaltó en este contexto la función del Espíritu Santo en la oración genuina (Lucas 11.13). Sin embargo, ya que las otras oraciones del Nuevo Testamento siguen el *modelo* del Padre Nuestro y no su *forma*, creo que Jesús nos está dando una guía de oración en Lucas 11.2–4 más que un guión.

De esta forma, cada línea (tales como la del versículo 2: «*Venga tu reino*») es un modelo o ejemplo de las cosas por las que deberíamos orar. Por ejemplo: «Señor, anhelo ver tu reino venir a mi hija, que ella te considere como su Rey y Salvador. Y venga tu reino a través de Tomás y Sara cuando compartan el evangelio de Jesús con los musulmanes en el campo misionero.» Incluso sin el uso de las frases exactas de la oración modelo, se puede orar el mismo significado. Las oraciones por las bendiciones de Dios sobre la obra de su iglesia puede ser otra, más específica y personal a la hora de decirle al Señor: «*Venga tu reino*».

Ahora permítame regresar a la oración modelo pero ahora con una visión más amplia. Cuando los discípulos le pidieron a Jesús que les enseñara a orar, él no dijo algo como: «Decid cualquier cosa que sintáis, y eso agradará a Dios.» En lugar de eso, en las dos ocasiones que enseñó esta oración, Dios Hijo dejó instrucciones específicas. Dios inspiró estas palabras de educación. O póngalo de otra forma, la Palabra de Dios nos enseña a orar.

«Muy bien» —me dirá usted— «¿pero qué significa eso? ¿En qué maneras prácticas me ayuda eso a aprender a orar?» Para empezar, observemos que la respuesta de Jesús cuando le pedimos «*Señor, enséñanos a orar*» es exactamente la misma respuesta inspirada que él le dio al discípulo en Lucas 11. Eso significa que deberíamos volvernos primero a su Palabra cuando le pedimos lo que se le solicitó en Lucas 11. ¿Cuáles fueron sus palabras? La oración modelo. Parte del « plan de estudios básico» de la escuela de oración de Cristo es aprender a usar esta oración de la forma que Jesús pretendía. Esta oración no es el único modelo divinamente inspirado que nos dejó. Dios puso oraciones en toda la Biblia para servir como ejemplos. Pero deberíamos dar prioridad a esta porque fue la respuesta explícita de Jesús a una petición específica: «*Señor, enséñanos a orar.*»

«Si oramos correctamente» —dijo el teólogo del siglo IV, Agustín— «decimos solo lo que aparece en el Padre Nuestro. Y cualquier persona que pida en oración algo que no aparece en el Padre Nuestro, está orando de tal forma que no es lícita, o al menos no es espiritual.» Agustín continúa ilustrando cómo los elementos de las oraciones de otras partes de la Biblia no son más que nuevas declaraciones o ampliaciones de alguna parte de la oración que Jesús enseñó en Lucas 11 (Nota 1).

La perseverancia y la promesa

Después de presentar La oración modelo en los versículos 2–4, Jesús continuó su enseñanza sobre la oración en los versículos siguientes pero ahora en los aspectos de la perseverancia y la promesa de las oraciones respondidas: «*Y yo os digo, pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; y el que busca halla; y al que llama se le abrirá.*» (Lucas 11.9–10). ¿Ha renunciado a pedir cosas? A menos que usted esté convencido de que sus peticiones están fuera de la voluntad de Dios, y puede clasificarlas bajo alguna de las peticiones encontradas en La oración modelo, permita que Jesús le enseñe a seguir pidiendo, buscando y llamando a la puerta. Reflexione y ore por cada lección que Jesús le enseña sobre la oración en este pasaje.

En Lucas 11, Jesús enseña no solo lo básico sobre el *contenido* de la oración, sino también sobre el *espíritu* de ella. La conclusión de su respuesta a «*Señor, enséñanos a orar*» es: «*Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidan?*» (versículo 13). Orar es más que decir las palabras correctas o ponerlas en el orden correcto o repetirlas cierta cantidad de veces. Orar, como adorar, debe hacerse «en espíritu y en verdad» (Juan 4.24). Así que orar, incluso usando las palabras de la oración modelo, sin la ayuda del Espíritu Santo es como intentar volar un aeroplano con un ala.

Si su vida de oración tiene solo un ala, gira en torno al aburrimiento y es redundante, quizá es porque usted no le ha pedido al Espíritu Santo que lo ayude a orar. Todos los cristianos tienen desde el primer momento de fe en Cristo y para siempre al Espíritu Santo (Juan 7.38–39). Pedirle al Padre que nos dé «el Espíritu Santo» no es, por lo tanto, pedir por el don inicial del Espíritu, ni pedir una porción doble de él, sino más bien pedir su ayuda e influencia. Nuestro Padre celestial, por su Espíritu, nos ayuda —nosotros que somos pecadores, egoístas y mortales— a hablar con él. Él abre nuestros ojos para que veamos porciones de la Palabra de las que deberíamos hablar. Él abre nuestra mente para que oremos según como dice la Biblia que debemos orar. Él abre nuestro corazón para que sintamos lo que oramos en lugar de sencillamente balbucear frases inertes al aire.

Un gran hombre de oración, así como predicador, Charles Spurgeon, dijo: «Todos debemos sentir que si vamos a orar correctamente, debemos dejar que Dios nos enseñe por medio de su Espíritu Santo. Estamos llenos de debilidades, y si hay algún momento en que las sentimos más, entonces es cuando debemos involucrarnos en la oración. Pero “*el Espíritu también nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como deberíamos*”. Entonces, expresemos esta oración a nuestro gran Maestro, “*Señor, enséñanos a orar*”» (Nota 2).

El crecimiento a partir de hoy

Ore la oración modelo y pídale al Espíritu Santo que lo ayude a hacerlo. Ore el Padre Nuestro hasta que conozca sus partes como un profesor de español

conoce los tiempos verbales. Y pídale al Espíritu Santo que lo ayude a orar para que la guía de esta oración sea más que las partes de una oración, sino los medios para tener una comunión con Dios.

Tenga por seguro de que su Padre celestial responderá. Los discípulos, en su mayoría personas sencillas y pobres, pidieron «*Señor, enséñanos a orar*» y él estuvo dispuesto a hacerlo de todo corazón. Él está igual de dispuesto a enseñarnos ahora. Aquel que dio a su Hijo para reconciliarnos de seguro nos dará su Espíritu para ayudarnos a disfrutar de esa relación. Además, Jesús promete que el Padre le dará el Espíritu a aquellos que se lo pidan.

Ore. Aprender a orar pero no orar es como un piloto que siempre está aprendiendo en un simulador de vuelos pero que nunca despegar de la tierra. Nuestro Maestro nos enseña a orar para que lo hagamos. ¿Será usted un hombre o una mujer de oración? Regrese a las palabras de Jesús en Lucas 11 y comience hoy.

Consejos para cultivar una vida de oración

- Ore habitualmente

Aquellos que oran al azar, es decir, «*Cuando tengo tiempo*» nunca oran tanto como aquellos que hacen de la oración una parte de su rutina diaria. Esto no significa que el contenido de la oración se convierte en rutina, sino que solamente el tiempo dedicado a esto se vuelve un hábito. Unifique su tiempo de oración con su tiempo de lectura o reflexión bíblica para que el hábito de leer la Biblia también fortalezca su vida de oración.

- Ore utilizando la Biblia

Sea en mis clases del seminario o en iglesias de todo el país, nada parece encender y mantener la pasión por la oración como la enseñanza de la oración a través de la Biblia. Elija un salmo (o un párrafo de alguna de las epístolas del Nuevo Testamento) y ore versículo por versículo. Simplemente hable con el Señor acerca de lo que dice cada versículo y lo que se le viene a la mente cuando lo lee.

- Ore con su iglesia

En el Nuevo Testamento, orar como iglesia es algo más importante de lo que nos imaginamos. Apoye los cultos de oración de su iglesia. Si la vida de oración de su iglesia es decepcionante, trabaje con el pastor para mejorarla o desarrollar un nuevo ministerio de oración. Pastor, trate de incorporar la oración colectiva en su culto de adoración del domingo en la mañana.

- Ore junto a otros oradores

Ore frecuentemente con al menos un creyente cuya vida de oración enriquezca y anime la suya. Este podría ser su pastor u otro líder espiritual, o incluso algún hermano de otra iglesia.

- Lea biografías de grandes oradores

Si su vida de oración está a punto de fallecer, lea las biografías de personas como George Müller, David Brainerd, y otros guerreros de oración.

Notas del autor:

1. Las Confesiones de San Agustín

2. C. H. Spurgeon, «Exposición, Lucas 11.1–26» *El púlpito del Tabernáculo Metropolitano*, Vol. 56.

Este artículo se publicó por primera vez en *Moody Magazine*. Usado con permiso.

Título del original: *Following His Model*

Copyright © 2002 por Donald S. Whitney. www.BiblicalSpiritual.org

Traducido y adaptado por DesarrolloCristiano.com. Todos los derechos reservados